

conservado el recuerdo de una cadena de desastres, señalándonos una época en que parecieron estinguidas todas las luces; sin embargo, penetrando con ojo observador, en aquel tenebroso caos no se descubre una sociedad que se degrada, que se invilece, que camina á la muerte; nada de esto: lo que se nota sí, es un movimiento, una agitacion, una efervescencia, síntoma de calor y de vida, un desasosiego trabajoso de una sociedad informe que vivificada, fecundizada por algun elemento muy activo y poderoso, se esfuerza por dar á luz otra sociedad con formas regulares, robustas y hermosas: es el caos, pero el caos que ha oido la palabra creadora.

¿Queréis saber si exagero, si con mi fantasia doy vida á un cadáver? mirad: habia pasado poco tiempo, y la Europa se levantaba como un solo hombre, y se precipitaba sobre la Asia: ¿son estos síntomas de abatimiento ni de muerte? ¿no revelan un gran fondo de vida, de fuerzas, de energía?

~~~~~

V.

**Y**A se ha podido observar que en todo el curso de este escrito, no he esquivado ninguna de aquellas épocas en que tantos cargos segun se figuran algunos, se pueden amontonar contra el Clero; no he mendigado ningun supuesto que pudiera favorecerle; antes con la historia en la mano he procurado presentar los hechos tales como son en sí, aplicándoles luego el análisis de una filosofía imparcial y sosegada. Insiguiendo en el mismo plan, voy ahora á traer los bienes del Clero á un terreno nuevo, que á algunos les parecerá sin duda deleznable y resvaladizo, pero á decir verdad, no es mucho el miedo que yo tengo, ni de caída ni de tropiezo.

Es tanto lo que se ha trabajado para hacer al Clero odioso á los pueblos, echando mano á este propósito de una declamacion con-

tinua contra sus riquezas, presentándolas como un germen de miseria y calamidad, como un vehículo de tenebrosas intrigas y de maquinaciones opresoras, como un arma terrible de depotismo, como un origen de desmedidas y mostrusas desigualdades en las clases, que á muchos preocupados lectores les ha de bastar el solo recuerdo de grandes bienes del Clero, para que le unan luego la idea de opresion, de gravámen, de menoscabo de toda clase de derechos, de monstruos de desigualdades sociales. Esta última consideracion, capaz de inspirar desaliento, porque desaliento inspira el tener que luchar con preocupaciones añejas, no será parte sin embargo á retraerme del empeño de manifestar que los bienes del Clero han contribuido sobre manera á disminuir la desigualdad de clases en la parte que tenia de nociva, á emancipar á las inferiores, allanado el camino para establecer, no una igualdad completa y por lo mismo absurda, pero sí una justa proporcion, un saludable equilibrio. Escúcheme con atencion el lector, y si es instruido, si es filósofo, si es imparcial, abrigo algunas esperanzas de que sean cuales fueren sus opiniones, nos hemos de dar amistosamente la mano.

Antes de entrar de lleno en la materia, será bien aclarar algunas ideas que á la sazón se hallan entre nosotros muy oscurecidas, merced á la negra polvareda en que nos llevan envueltos seis años de combates y disturbios.

Las desigualdades sociales son de necesidad absoluta, como á fundadas en la misma naturaleza del hombre y de la sociedad, y son ademas un beneficio, porque sirven de poderoso resorte en la máquina de gobierno. Bajo uno ú otro nombre, con esta ó aquella forma, con mas ó menos disfraz, las ha habido siempre, y siempre las habrá, no está lejos el escarmiento acontecido en una nacion vecina; quiso llevar el nivel por todas partes, se formó el empeño de igualar todas las clases, se acometió la empresa con una osadía increíble, y al cabo de poco se llegó á un resultado muy sencillo; desaparecieron todas las clases antiguas, solo que se establecieron dos de nuevas y únicas, verdugos y víctimas.

Pero como quiera que en las cosas humanas es muy raro el que se alcance un bien, sin tropezar al propio tiempo en algun mal, sucede con arta frecuencia que el desnivel de las clases lleas á tal extremo, que ni es conducente para la felicidad pública,

ni está de acuerdo con los principios de equidad y justicia. Las ideas, las costumbres, las leyes, la forma de gobierno, y otras mil causas diferentes que se reúnen, se amontonan, se combinan con el trascurso del tiempo, llevan á veces consigo estos defectos, estas monstruosidades si se quiere, pero no está en la mano del hombre el evitarlo. La corriente de los siglos que arrastra en rápido curso las generaciones humanas, excava insensiblemente en unas partes, amontona en otras, en su profundo cauce forma mil rodeos, tal vez sinuosidades extravagantes; aquí se ha ahondado una espantosa profundidad, allá se ha levantado un alto terreno, aquí la arena y las piedras han destruido, cubierto un hermoso campo, mas allá ha salido de las ondas una bellísima pradera: ¿cómo ha sucedido todo esto? ¿cómo? preguntádselo á esas oleadas, que se suceden con tanta rapidez, que luchan con tanta violencia, que se estrellan con estrépito contra la ribera, y pasan y desaparecen confundidas entre sordos bramidos.

Cuando por una ú otra causa, llega á crearse á favor de alguna clase un exceso de poder y riqueza, que por su desmedida mole embaraza el debido curso de la sociedad, impidiéndole el alcanzar su principal objeto cual es, proporcionar la mayor felicidad posible, para el mayor número posible, será siempre un inestimable beneficio todo cuanto se encamine á amenguar este nocivo exceso; haciéndolo empero sin trastornos, violencias, ni injusticias. Si se ha de conseguir sosegadamente un bien tamaño, menester será que se encuentre en la sociedad alguna otra clase, que contrapesando á la que se había engrandecido demasiado, vaya lentamente disminuyendo la dañosa preponderancia, que saliéndole siempre al encuentro ponga límites á sus creces, coto á sus demasías; y freno á sus usurpaciones, y que sirviendo como de dique que devuelva con vigor la oleada que rechazan las opuestas orillas, establezca una sorda y provechosa lucha, que prepare equitativas compensaciones, y un saludable equilibrio.

Esa desigualdad excesiva, ese desmedido acumulamiento de poder y riquezas, que convierte la sociedad en una fuente de comodidades y regalos para pocos, y un campo de sudor, de trabajos y de abatimiento para el mayor número, estaba en el feudalismo, que arraigado con la costumbre, sostenido por la fuerza, rodeado de títulos y de leyes, y escudado por la ignorancia, se levantaba en medio de Europa como un negro gigante armado

con toda la ferocidad de los bárbaros del Norte, y desvanecido con todo el orgullo de los antiguos magnates del Imperio.

Prescindiré yo ahora de la mayor ó menor justicia que presidió á su establecimiento, y de la mayor ó menor legitimidad que pudo adquirir con las costumbres, contratos, leyes y otros títulos que se van recogiendo y amontonando con el trascurso de los tiempos: prescindiré también de si á la época en que apareció, fué una verdadera necesidad ó no; de si era un resultado de los anteriores trastornos, del aniquilamiento de los poderes públicos, del desmenuzamiento, digámoslo así, que se había hecho de la sociedad; y de si fué ó no una época de transición para llegar á tiempos mas felices: bástame saber que oprimía á la muchedumbre, que tenía en muy poco las instituciones, y las leyes y en mucho la fuerza; y que de suyo era un fuerte obstáculo para impedir que se organizaran gobiernos centrales y fuertes, tales como los necesitaban las naciones europeas para que obtuvieran protección todos los intereses legítimos: bástame todo esto para saber que si fué una necesidad, fué funesta, y si era una época de transición, era trabajosa, plagada de inconvenientes y de males, y que por consiguiente urgía abreviarla en cuanto fuera posible.

La esclavitud antigua había cambiado de forma, mas al fin existía en cierto modo la esclavitud; pero con la diferencia de que en el paganismo no había ningun principio bastante á destruirla, por no tener ni verdad en el dogma, ni pureza en la moral, ni magestad en el culto, ni elevación en los designios; á la época del feudalismo existía la Religión cristiana, que encierra en sí todas estas condiciones, hasta un punto superior á todas las consideraciones humanas; y existía el Clero que por su poder y riquezas contribuía de un modo admirable á llenar el sublime objeto de Religión, cuyo ministreio ejercía.

Tal era á la sazón el estado de los pueblos, que ni siquiera podía pensarse por parte de ellos en la adquisición de las riquezas: ó los señores, ó la Iglesia, he aquí los únicos dueños posibles. ¿Y era mas ventajoso á la sociedad, era mas conducente para la emancipación y prosperidad de los pueblos, el que se amontonasen todos los bienes en manos de los señores? y entonces ¿quien ponía coto á sus demasías, freno á su ferocidad, barrera á sus caprichos? Sin punto de apoyo los pueblos, sin medios para defenderse, sin sagacidad para concentrarse, hubieran gemido en silen-

cio, hubieran regado con sudor y lágrimas una tierra que les proporcionaba escaso alimento á sí y á sus hijos, mientras hacian brotar de ella las comodidades, el regalo, la opulenta esplendidez, en que nadaban sus señores; y hubieran continuado labrando y robusteciendo sus propias cadenas, con el llanto en los ojos, y la degradacion en la frente. Para los hombres que hayan recorrido la historia de aquellos tiempos, es un hecho indudable que la Iglesia estuvo siempre de parte de la debilidad y del infortunio, que amonestaba de continuo á los señores, el que no vejase á sus vasallos, y sin que se descubran en ninguna parte, sus pretendidos proyectos de dar á la sociedad civil una organizacion teocrática, se la ve siempre luchar con esfuerzo contra la bárbara corriente del siglo, trabajando incansable para sustituir las instituciones y las leyes al derecho brutal de la fuerza.

¿Y creéis acaso, que el orgulloso señor, encastillado en su inaccesible fortaleza, escoltado de satélites que defendian su persona, y rodeado de esclavos que besaban su planta, le hubieran hecho mella las palabras de la Iglesia, si esta hubiera llevado la marca de la debilidad y de la pobreza? Pero afortunadamente para la humanidad no sucedia así; el feudalismo alegaba sus derechos feudales, y la Iglesia como á señora tambien, mostraba los suyos; el feudalismo ostentaba riquezas, el Clero ostentaba las suyas, el feudalismo desplegaba soberbio lujo en blasones, insignias, ricos trajes, magníficas viviendas y numerosa muchedumbre de esclavos y dependientes; y el Clero le contrastaba con la magestad del culto, con opulentas abadías, suntuosos monasterios, encumbradas cúpulas, anchurosos y magníficos templos, y no menos numerosa muchedumbre de adictos y dependientes.

Tal contraste producía insensiblemente una revolucion en la sociedad; y todo en sentido favorable á la verdadera libertad, y á la dicha de los pueblos. Para ser admitido en el Clero, ni se necesitaba títulos de nobleza, ni cuantiosas posesiones; bastaba ser hombre, y cristiano, y no tener ninguno de aquellos defectos ó impedimentos, que se oponen ó al decoro, ó á la santidad del ministerio. Esta regla tan honrosa á la dignidad del hombre, que fundada en los principios de la Religion, y enseñada prácticamente por Jesuista en la eleccion de las Apóstoles, ha sido observada constantemente en la Iglesia, debia producir en la época del feudalismo un efecto muy provechoso á la muchedumbre; porque

una vez sentado que el hijo de un pobre podia ser elevado á las mayores dignidades, y verse un dia en igual rango, y tal vez en abierta lucha con orgullosos señores, estaba ya zapada la preponderancia de los señores feudales, quedaba sembrada una semilla, que desenvuelta con el tiempo, habia de producir ópimos frutos en beneficio de los pueblos.

Desde entonces todos los pechos podian abrigar una ambicion, todas las familias alimentar una esperanza; y difundíendose por todas partes las miras nobles y elevadas, y los deseos de mejoras en la vida, probocábase una activa fermentacion, de donde brotaban de continuo altos pensamientos é inspiraciones generosas; formándose de esta manera aquella masa compacta y trabada, que llena de un poderoso principio de vida comenzó á removerse, y á causar estremecimiento á las fortalezas feudales, que tomando rápidamente creces en extension y fuerza, empezó á levantar en alto los ominosos castillos acabando por desplomarlos enteramente luego que fué auxiliada y dirigida por un mayor grado de inteligencia.

Cuando fastidiado un lector de tantas declamaciones contra la preponderancia del Clero, contra los medios de influencia que le ponian en la mano sus riquezas, y sospechando lo mutilado de algunas narraciones, lo infiel de muchos cuadros, y lo imaginario de pretendidas observaciones filosóficas-históricas, se resuelve á examinar las cosas de cerca, á juzgar por sí mismo, pasando los ojos por los monumentos que nos ha conservado la historia, y principalmente leyendo con atencion las varias colecciones de legislaciones eclesiásticas, busca en vano por todas partes ese espíritu de agresion continua, que tanto se ha imputado á la Iglesia. Mira si puede encontrarla invadiendo el dominio del poder civil, pero á la sazón el poder civil apenas se divisaba, porque apenas existia; busca la decantada transgresion de límites, y los límites apenas existian; y no encontrando por todas partes mas que un informe embrión de sociedad, que si da señal de vida, si da esperanzas de alcanzar algun dia formas regulares, es solo por el calor, por la influencia, por el alimento que le suministra la Religion, por el ascendiente, por la continua accion de ese Clero tan calumniado, preguntase con indignacion ¿donde está la filosofía, donde la imparcialidad, la buena fé siquiera? Lástima causa el ver como algunos canonistas adustos, y quisquillosos juristas, ha-

blan de la monarquía, de la aristocracia, del pueblo de entonces, como pudiera hablarse de estas cosas, tales como son en el siglo XIX. Recuérdese que eran aquellos los tiempos de la ley Faida, de la Tregua de Dios, del Ignitegium, y desaparecerán todas las dificultades, se disiparán todas las prevenciones, y léjos de temerse la influencia del Clero, en toda clase de negocios se la deseará, se la amará, porque será mirada como un faro en tenebrosa tormenta, como tabla de esperanza en los horrores de un naufragio.

Por lo que á mi toca, puedo asegurar que en recorriendo la historia de aquellos tenebrosos tiempos, al encontrar á los obispos reunidos en concilio, enseñando á los monarcas y señores, sobre la naturaleza y extension de su poder, y recordándoles los límites que les imponen la razon y la Religion, encargando la recta administracion de justicia, sobre todo en favor de los pobres, trabajando siempre por extirpar la brutal costumbre de apelar á la fuerza individual para vindicar un derecho, poniendo coto á la destemplada imposicion de tributos por parte de los señores, y muy en particular, cuando encuentro á aquellos buenos padres, no olvidando en sus desvelos la proteccion del comercio entonces tan flaco como á naciente, y no solo recomendando vigilancia para la seguridad de los caminos, sino prohibiendo severamente que se maltratase á los mercaderes que van de viage, y reprimiendo con penas eclesiásticas á los que roben á los naufragos, ó á los que naveguen para su comercio; todo este conjunto encontrado en medio de tiempos tan revueltos y calamitosos, me ofrece un cuadro tan consolador, tan hermoso, que no puedo menos de indignarme, de que hasta tal punto se hayan atrevido á desfigurarle la ignorancia y la malicia.

Fácil me fuera extenderme mas y mas sobre la materia, ora consignando los hechos que atestiguan la verdad de cuanto llevo expuesto, ora siguiendo el sucesivo desarrollo de la sociedad europea, y manifestando con datos irrecusables, que en ningun tiempo han contrariado los bienes del Clero la civilizacion, que nunca fueron un medio de esclavizar á los pueblos, que nunca les irrogaron los pretendidos perjuicios; pero esto me empeñaría necesariamente en consideraciones tan dilatadas, que no me sería posible encerrar este escrito dentro de los límites que le tengo señalados. No dejaré sin embargo de emitir una reflexion, que arroja mucha luz sobre esos objetos, y que en breve espacio, for-

man una victoriosa apología del Clero, y vindica completamente su riqueza de los cargos de antisocial con que se la ha calumniado.

Es un hecho incontestable, que á la época en que tomó el mayor vuelo el espíritu humano, es decir, cuando renacieron todas las artes y ciencias, cuando se hicieron los descubrimientos que tanto movimiento moral y fisico provocaron, como son el de la imprenta y del Nuevo Mundo, cuando se desplegó aquella actividad, aquella increíble laboriosidad para desenterrar los monumentos del antiguo saber, cuando se vieron salir del seno de la Europa bárbara esas grandes sociedades, con sus formas regulares, con la organizacion de toda clase de poderes, entonces conservaba todavía el Clero de Europa todas sus riquezas. Y esta sola coincidencia manifiesta bien á las claras, que la sociedad no estaba embarazada en su movimiento por las riquezas del Clero, á la sazón abundantes; que habian marchado continuamente sin tener embargados sus miembros y facultades; y si á esto se añade otro hecho de igual certeza y bulto, á saber, que los mas esclarecidos sabios, y los artistas mas distinguidos, fueron al propio tiempo favorecidos y protegidos por el Clero, y que no se puede dar un paso por la historia de aquella época, sin encontrar á los obispos, á los cardenales, á los papas, alentando con aplausos, y estimulando con recompensas todo linage de mérito, quedarán enteramente disipadas tantas preocupaciones, como ha esparcido la mala fé, y ha tan fácilmente acogido la crédula ignorancia.

---

## VI.

Así andaba mejorándose cada día el estado de Europa. desarrollábase rápidamente todas las facultades del individuo, ganaba continuamente la sociedad en la perfeccion de sus formas, y en la regularidad de sus funciones, y robusteciéndose mas y mas los